



El escritor está sentado frente a la máquina, pero no escribe. Necesita una idea; la ha buscado en su cabeza durante todo el día y también en las cuatro paredes de la habitación donde se encuentra, pero no logra dar con ella.

Mientras tanto, el protagonista de su historia, un tal Astier, aguarda entre las líneas de lo que ya fue escrito, la resolución a esa decisión que él tomará pronto.

-Debe ser genial, ocurrente, casi poética- se dice el escritor, mientras abandona la silla y se dirige hacia un viejo perchero de madera, junto a la puerta, donde descansa un saco gris del que extrae una caja de cigarrillos.

La agita, y al hacerlo, se da cuenta de que sólo le queda uno, que a falta de presupuesto, reservará para más tarde.

No logra tranquilizarse, da vueltas alrededor de la máquina, mira todos los rincones buscando pistas, pero nada; la situación lo desespera.

Y entonces el fuego

Por Alejo Santander

Cansado de cavilaciones que no llegan a ningún lado, decide salir. Devuelve la caja de cigarrillos al bolsillo del saco y abandona el cuarto.

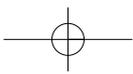
Camina sin rumbo y cada tanto, se queda junto a alguna ventana abierta, o cerca de esas muchas vecinas que conversan. Corresponsales barriales, sabedoras de todo cuanto sucede en su territorio. A las que nada se les escapa; tampoco el hecho de que él esté allí. Razón por la que sólo puede ser testigo por unos segundos, de las vertiginosas cataratas de chismes que se desarrollan en cada esquina.

Siempre miró con cierta simpatía a esas mozas. Consideraba lo que ellas hacían como algo muy similar al trabajo del periodista, y aunque por momentos más tendenciosas y sensacionalistas, las creía honradas. Ellas disfrutaban compartir su información sin miedo al plagio o la censura. Su objetivo era llegar a la verdad y para lograrlo, no escatimaban en horas extras; desvelándose, espiando tras las ventanas en horas prohibidas, realizando improvisados interrogatorios por las calles, o forzando al límite sus sentidos: cuando intentaban en el almacén, escuchar conversaciones ajenas, al mismo tiempo que discutían fervorosamente el precio del tomate. Y todo, para entregar al día siguiente el parte diario a sus compañeras, con la satisfacción del deber cumplido.

Sus reuniones eran públicas, comúnmente entre vecinas de casas linderas, aunque nunca faltaban osadas que se atrevían a cruzar la calle o venir desde otras manzanas, siendo éstas, algo así como corresponsales en el extranjero. Tampoco faltaban encuentros secretos bajo falsas partidas de chin-chon, o llamados telefónicos que comenzaban con preguntas triviales, como alguna receta de cocina y que acababan por convertirse en extensas crónicas barriales. Era así como transformaban comedores diarios y veredas en salas de redacción. Intentando sólo por curiosidad, casi por oficio, conocer su medio: el barrio.

A pesar de advertir que cada vez hay más vecinos enfermos y enterarse de los amoríos de la mujer del almacenero con varios rufianes conocidos, rumor éste, reproducido por más de una de las informantes, y que por ello ya adquiere cierto grado de veracidad y prestigio, el escritor continúa sin encontrar lo que busca.

Alejo Santander es Ayudante Alumno del Taller de Comprensión y Producción de Textos II, FPYCS, UNLP.





Va por el barrio, por Flores. Siempre vivió ahí, todo le es familiar, todo le es conocido. Ahora, por ejemplo, sabe que ha llegado a plaza Pueyrredón, aunque todos la llamen plaza Flores, y allí, decide sentarse un rato.

-Aquí todos respetan los clichés- se dice. Los bancos que rodean la fuente central, son ocupados por parejas dadas a las tareas de las primeras citas, algún vago que gestiona una siesta, personas mayores alimentando palomas, o estudiantes que sólo dejan pasar el rato, después de declarar feriado a mitad de semana, sin que ni sus padres ni el cuerpo docente y muchos de sus compañeros, se hayan enterado. La plaza le parece un lugar para gente despreocupada. Un lugar donde literalmente, se va a no hacer nada.

Él podría jurar que allí el tiempo es distinto, que mientras afuera la ciudad va apurada, los que están en la plaza se dejan caer lentos en el ocio y el placer, sólo de estar ahí. Adormecidos por el efecto que el aroma de las flores y el sol que da de lleno en los rostros, ejerce sobre ellos. Los peatones aminoran su marcha sin darse cuenta y en tanto que en un primer momento, tomaron ese camino para acortar distancias, ahora lo más probable es que lleguen tarde. A los que logran salir, los ecos de la plaza los persiguen durante varias cuadras, marchan como atontados, hasta que la presurosa urbe, comúnmente con algún grito o bocinazo, les hace notar la disonancia y los pone nuevamente en hora.

Sabe que no puede encontrar nada ahí. Allí, nadie rompe los esquemas y la idea que busca debe ser, como él, distinta. A pesar de eso, se queda sentado, quizás un poco víctima de los encantos de la plaza, y le vienen ganas de fumar. Pero recuerda que sólo le queda un cigarro, por lo que ni siquiera atina a buscar el paquete. En la calesita un hombre de camisa a cuadros le da vueltas a una niña que no para de reírse, y eso, aunque tampoco le sirve, y más por contradicción, le recuerda a su padre.

-Hijo de puta- se va murmurando mientras encara para el bar.

Entra y lo primero que hace es mirar hacia la barra; él piensa que los tipos interesantes se encuentran ahí. Gente que tiene necesidad de contar algo. El que se sienta en una mesa sabe que nadie lo va a ir a molestar, porque puede estar esperando a alguien o de paso. Pero el de la barra es distinto. La conversación con el de junto se hace inevitable, se sobreentiende que los dos necesitan ser escuchados, que tienen algo que decir; lo de tomar algo es una excusa. Y en el caso de que la mala fortuna no depare un compañero para exorcizar los demonios, siempre está el cantinero, ya curtido de oír historias desde el otro lado. Le sirve un vermouth sin que lo pida, y lo anota con lápiz en una libretita negra que está al lado de la caja. Después, vuelve a la banquetta en el extremo de la barra. Y con un trapo húmedo, se pone a marear vasos.

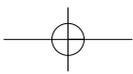
En el fondo, resuena un tango. Salvo por el cantinero y por un tipo en el rincón que lee el diario, el escritor está solo en el bar. Sentado y con la frente apoyada sobre las palmas, no hace otra cosa que mirar su bebida. Al rato escucha la puerta; puede sentir cómo alguien se acerca, pasa por detrás suyo y se detiene en la banquetta junto a él. El cantinero, sin abandonar el trapo y dirigiéndose al recién llegado, levanta las cejas inquisitivo.

Recién en ese momento, el escritor repara en el hombre, que en tanto va subiendo con dificultad a la banquetta, pide un vaso de vino.

Es un hombrecillo de baja estatura. La ropa que lleva parece hecha a medida y por el largo del saco en notable asimetría con las mangas, lo corto del pantalón y los enormes botines, la representación se le vuelve grotesca al escritor, que no puede apartar la vista.

-¿Y a usted qué le pasa?- exclama el hombre ante la insistente mirada.

-Nada, nada, miraba nada más, disculpe- replica el escritor.





-Bah, no se disculpe compadre. A fin de cuentas, esas miradas me caen todos los días donde quiera que vaya. Uno sabe lo que parece y ha aprendido a vivir con eso ¿no? Pero no nos hemos presentado: Rogelio Leto, muchísimo gusto- dice mientras que con un gesto torpe al extender el pequeño brazo, tira la copa de vino sobre el mostrador. Acto seguido, se enoja refunfuñando activamente en un lenguaje que no llega a comprenderse.

La escena le resulta al escritor desmesuradamente cómica.

-¿En qué estábamos?- prosigue Leto, como si no hubiera pasado nada y mientras pide una nueva copa.

-Le decía que para mí también es un gusto mi amigo y dígame, ¿a qué se dedica usted?-

-Levanto números de la quiniela, no le ofrezco ahora porque estoy de franco. Pero si algún día anda con ganas de probar fortuna, sepa que Leto trae suerte, y sino pregunte por el barrio nomás que le van a decir- y echó a reír, mientras agregaba -¿De casualidad, no tendrá un cigarro?

-No- se apresuró a responder el escritor.

Le resultaba interesantísimo ver cómo se desempeñaba su interlocutor. De movimientos apresurados, con una desinhibición absoluta y sacando charla mientras pedía una y otra copa de vino. No podía creer que ese pequeño cuerpecillo fuese dueño de tal resistencia ética. La que a medida que pasaban los minutos, se iba manifestando en un cada vez más violento monólogo del personaje, contra sí mismo.

Al final, la primera impresión que el escritor había tenido de ese simpático charlatán, acabó dinamitada cuando se iba, por la imagen que le dejó aquel hombre que ya borracho, lloraba sus penas sobre la barra, mientras el cantinero, seguía mareando vasos.

Cuando sale del bar está anocheciendo. De regreso a la pensión va pensando en Rogelio Leto, que aunque no le sirve para la idea que busca, le ha resultado un tipo de lo más curioso. De esos que no se encuentran en las plazas.

-¡Este tipo está loco!, la próxima que hace lo mando a mudar de la pensión Raúl, te lo juro- le decía Matilde a su esposo, que subido a una escalera peleaba con uno de los faroles.

-No puede ser, la de la piccita del fondo es la tercera vez que se queja de las sesiones de piano a la madrugada.

¡Y esa bendita máquina de escribir!... en cualquier momento pierdo a todos los inquilinos por culpa de ese sinvergüenza.

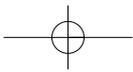
Ayer llegó a cualquier hora, ¿y sabes qué? Me enteré que es él la causa de que la boleta de la luz se haya ido a las nubes, ¡la deja toda la noche prendida! Me gustaría saber qué hace ahí adentro, o mejor no, mejor no saberlo, ya bastantes disgustos me trae. Es raro che, muy raro, me da miedo Raúl. ¿Me estás escuchando?

-¡Pero sí mujer!- respondió el hombre sin mirarla.

-Bueno, atendé: ayer a la tarde trajeron cincuenta pares de medias de mujer a su nombre, ¿te das cuenta? Es lo único que nos faltaba, que sea un enfermito y que justo nos haya venido a caer a nosotros. Definitivamente tengo que sacarlo de acá.

-Y sí Matilde, hacé lo que quieras- dijo su esposo mientras se metía en una de las habitaciones que daban al hall, cargando la escalera.

-Sí, que se vaya con la locura a otra parte y que no vuelva, total éstos terminan todos igual y desapareció tras su marido cerrando la puerta.





Cuando el escritor llega ya es de noche y los pasillos de la pensión están vacíos. Entra en su habitación, cuelga el saco en el perchero y mira la máquina de escribir que está tal cual la dejó; y él todavía sin una respuesta. Aparta rápido la mirada de allí por no recordarlo y se mete en el baño. Se lava las manos y la cara; se detiene a mirar en el espejo el mechón que le cae sobre la frente, las tupidas cejas y el anguloso mentón por donde ahora se desliza un hilo de agua.

Sale y se le viene a la cabeza el cigarrillo. Entonces, va hasta el perchero y del bolsillo vuelve a sacar, por segunda vez en el día, la caja. Había decidido que esta vez lo fumaría. Juega con el pequeño cilindro de nicotina entre los dedos, se lo lleva a la nariz y aspira fuerte; el olor a tabaco le trae calma. Permanece unos segundos así, inmóvil, sólo pensando en el olor. Después, se lo pone en la boca y sin prenderlo todavía, se sienta, por segunda vez en el día, frente a la máquina.

Toma el encendedor y la llama da lumbre a aquel que lo acompañó durante la jornada. Él lo disfruta, lo siente y el humo se apodera del lugar. Astier también lo está mirando, sabe que falta poco. Del cigarro, caen algunas cenizas que van a parar sobre unos papeles. Y Entonces el Fuego.

